



VIDA Y VENTURA DEL
ESTUDIANTE JUSTO
EL DESPERTAR

FERNANDO MORAGO

**VIDA Y VENTURA DEL
ESTUDIANTE JUSTO**

EL DESPERTAR

FERNANDO MORAGO



#2

La colección *La Mano de Nieve*
reúne a autores
formados en el Máster de Escritura Creativa
de la Universidad de Sevilla.

A mi hijo

RECONOCIMIENTOS

Quiero agradecer a Miguel Nieto Nuño su paciencia infinita, sus ánimos, sus consejos, y las orientaciones literarias sin las que esta novela nunca hubiera existido; a Reyes García Suárez su resignado estoicismo y su firmeza en la crítica.

Y a todos aquellos que, a pesar de todo, me brindan su amistad y su apoyo incondicional en éste y en otros asuntos mucho menos agradables: gracias.

NOTA PRELIMINAR

En esta obra se utiliza, como una opción estética del autor por resultar más acorde con el estilo de la novela, la incorrección ortográfica actual del uso de la tilde en las formas verbales compuestas con pronombre enclítico, aún tratándose de palabras llanas.

Todos los hombres hacen historia inédita; todo el que vive va creando ideales volúmenes que ni se estampan ni aun se escriben. Digno será del lauro de Clío quien deje marcado de alguna manera el rastro de su existencia al pasar por el mundo, como los caracoles, que van soltando sobre las piedras un hilo de baba, con que imprimir su lento andar.

Benito Pérez Galdós, *Las tormentas del 48*

EXORDIO

¡Bruto! ¡A ver si miramos por dónde vamos!
¡Habrás visto!, se ofendió el inocente sacudiéndose la ceniza que amenazaba la gracia impoluta de su chaqueta italiana. Perdona vucencia, ironizó el inculpado, no le había visto. Si cuando se pasea se mira sólo hacia adelante uno corre el riesgo de perderse lo que tiene al lado o se deja detrás. Las manos del fumador, solícitas aunque irritadas por el tono de la reprimenda, en su afán de excusarse enmendando el desaguizado, extendieron aún más el chafarrinón que en la solapa del elegante había causado el ascua de su breva. Venía paseando el fulano observando distraído los ventanos a ras de suelo que servían de tragaluces a lo que fueron los calabozos de la

antigua Dirección General de Seguridad. Habíase producido el encontronazo en la confluencia de la calle de Carretas con la Puerta del Sol, zona de alta concentración de percances de este tipo.

Los dos sujetos, que ya no podían ocultar la cincuentena, se miraron de hito en hito. ¡Coño! ¿Alfredo?, ¿*Fredi*?... Tú eres Alfredo, ¿no?; el galano arruinaba por completo la limpieza de su terno frotando la mácula con un pañuelo. Yo a ti te conozco, pero no caigo; se detiene el aludido frente al otro. ¡Joder, *Fredi*, cuánto tiempo! ¿No sabes quién soy, hombre? Así de pronto, no caigo, no... ¡Coño! ¿Marcial? ¿*El Caniche*? ¡Un abrazo, chaval! Entre sonoros palmetazos en la espalda se abrazaban los dos hombres. ¡Hace mil años, por lo menos! ¡Qué alegría verte! Súbitamente palideció *El Caniche* como si estuviera asistiendo a un fenómeno de los clasificados como «para anormales». ¿No serás un fantasma, Alfredín? Oí que estabas muerto. Lagarto, lagarto; el calvo Marcial, con los dedos índice y meñique, se tentó el cráneo mondo a modo de leño para conjurar un posible asalto del mal fario que podría acarrearle

el cruzarse con un espectro. Pues ya ves que no, sonreía el excadáver de Alfredo. ¿Quién me ha matado? No sé, no te lo podría decir, pero me lo creí, chaval, vaya si me lo creí. El acusado de ser un zombi sonreía recordando lo mucho que a un amigo le incomodaba que le trataran de chaval cuando era joven; pues aquí estoy de vuelta de la tumba. De los pocos que quedaban de aquella época, todos los que recuerdo la han espichado, así que... ¡Ay mi *Fredi!* ¡Vivito y coleando!, zarandó el calvo a su amigo resurrecto. No sé si lo sabrás, pero han palmado los últimos de Filipinas. *El Rubio*, que se fue a Alemania con una chavala de Hamburgo, la diñó poco después, también de SIDA; se largó para morirse, y muy mal, por lo visto. Fui al entierro. Y *El Fede* igual; para mí que de lo mismo, aunque la familia dice que fue un tumor cerebral. Lo sé, Marcial, lo sé, me lo dijo Justo. ¿Ah, sí? Sí; por el tono notó Alfredo que su amigo quería evitar al conocido común. ¿Y qué ha sido de tu melena, *Caniche?* Se sobó Marcial con nostalgia la cabeza afeitada; se fue, pasó a mejor vida; así, sin más. Un par de

años y sólo me quedó un felpudito por encima de la frente. Claro que, ahora, con lo que se lleva la pelota afeitada... Echo de menos mis rizos, pero, ¡qué se le va a hacer! Veo que tu pelo sí que resiste. Sí, sí, con entradas; hay que cubrir algunas zonas, por eso me lo dejo largo, que todo se va cayendo; el recién resucitado, que vestía vieja zamarra militar y gastados pantalones vaqueros, recogía su cabello cano en una desastrada coleta. Bueno, todo no, que del armamento no he tenido quejas todavía y no hago el gasto de las pirulas azules, que están por las nubes. Salen más caras que irse de putas. ¿Tienes algo que hacer, *Caniche*? Un poco de prisa hay, Alfredín, voy para casa, mi mujer me espera para comer. Tío, llama y di que te has encontrado a un viejo colega y que irás más tarde. Hízolo así Marcial.

Acomodáronse los amigos, en primera instancia, en un establecimiento de comida rápida desde el que podía divisarse la centenaria plaza, mientras dilucidaban dónde almorzarían. Esto está desconocido, ya no queda ni un café, ni casi ninguna tienda de esas que surtían a la Real Casa.

No conocía yo la Puerta del Sol como la han dejado ahora, hace años que no paso por Madrid. ¿No vives aquí? No, no; me fui a provincias, a Andalucía. Un calor de cojones. Ah, se colocó el calvo la corbata. Como nadie atiende ya a los clientes de la hostelería, acercóse Marcial a encargarse la comanda al mostrador que protegía a varias jovencitas disfrazadas de no se sabe qué y con gorra de colores chillones. Regresó con una bandeja sobre la que se mantenían en precario equilibrio dos vasos de plástico llenos de cerveza mal tirada, sin platillo de aceitunas ni nada, como hubiera sido de rigor en los tiempos de juventud de los dos amigos, y dos servilletas de papel arrojadas al descuido. Así que tienes parienta, cabeceó el emigrado haciéndose de nuevas. Sí, sí; ya va para tres años; no quería Marcial dar pistas al amigo. Las otras me salieron malas y las tuve que dejar. Unas, porque quise yo; y otras, porque no me dejaron elegir. ¿Y tú, chaval? Quedóse *El Fredi* suspendido unos segundos en pensativo silencio. Ahora estoy sin pareja: el buey solo, bien se lame... Con la última terminé muy mal; a las

mujeres prefiero usarlas y tirarlas como los condones, y a por otra. Con eso de internet, no paras, chico. Pues yo, de momento, me conformo con lo que tengo. Me he aburguesado, ley de vida. Ya te veo: ¡*El Caniche* con traje y corbata!, censuró el de la coleta. No te habrás hecho funcionario. ¿Qué ha sido del pescado? ¿El pescado? ¡A la mierda el pescado! Heredé el puesto de mi padre en el mercado de Antonio López, pero como desde crío estaba levantándome a las tres de la mañana, no te puedes imaginar lo mal que se lleva eso cuando te pones hasta el culo todos los días, y no te quiero ni contar si encima tienes que ir a la Facultad. Decidí dormir como los demás y lo mandé a tomar por saco, me cansé y lo vendí; con la pasta y algo que pedí al banco senté la cabeza; me he hecho exportador. ¿De pescado? Sí, y de frutas y hortalizas, sector agroalimentario, que dicen, pero ya ni veo el género, y me levanto de la cama a la hora de las personas. En Europa se vuelven locos hasta por las coliflores. Y las pagan, las pagan. Tengo la sede en Recoletos, *Exportaciones El Caniche*, en un edificio de

oficinas. Te estarás forrando, cabrón. Se hace lo que se puede, pareció avergonzarse el chucho.

La mirada de Alfredo se escapó por la cristalera del establecimiento y se posó sobre la fachada de la vetusta Casa de Correos, dándole vueltas a algo. Un camión del Ayuntamiento, con brazo grúa y canastilla, obstaculizaba el tráfico mientras un operario retiraba un cartel electoral del candidato socialista, colgado de una farola, vergonzosamente aplastado en los recientes comicios por la derecha y la crisis financiera. Cómo ha cambiado esto. Ahora la DGS es la sede de Presidencia de la Comunidad de Madrid. ¿Qué habrá sido de los calabozos de Franco? ¿Sabías que Justo pasó tres días ahí, detenido, al poco de morir el *abuelo*? Otra vez el Justo de los cojones, dijo para sí *El Caniche*. ¿Y tú? Me enteré de que te habías hecho podólogo, así que tampoco te irá mal sin pagar IVA ni nada; desvió la charla el pescadero. Sí, y los pies me llevaron a la cárcel. La enigmática frase extrañó al empresario de éxito; guardó silencio a la espera de que su amigo continuase el relato de su desgracia. Pues sí, no te

sorprendas. Me hice podólogo por los pies, como el que se hace ginecólogo para ver y tocar coños. Y fue mi ruina. Al principio anduve con cuidado y podía controlar mi vicio, sólo me lo hacía con un número de pacientes razonable para cualquier profesional de la salud. Pero se me fue de las manos, mejor dicho, de los pies, y no podía aguantar la atracción. Pezuña de hembra que veía, a la boca que iba; daba igual la edad y la carcasa de la tipa: jóvenes, gordas, viejas, impedidas. Y de los pies, con la excitación, ya no podía detenerme. Apuró el canoso su cerveza. ¿Pedimos otra?, propuso Marcial. No, no, mejor nos vamos a comer algo en un sitio como Dios manda. ¿Dónde? No sé, a alguna taberna de las de toda la vida. ¿Recuerdas La casa de la torrijas? Pues claro, se iluminaron los ojos de Alfredo con la añoranza de tiempos mejores; ¡no me voy a acordar! Nos apretamos unos callos y un poco de bacalao, y a vivir. Pero déjame que te cuente y nos largamos, y no pidamos nada más aquí, que esta cerveza no hay quien se la trague.

Pues decía que el fetichismo de los pies se

me fue de las manos. Ganaba mi pasta, no creas, y tenía mis habituales, que ya venían hasta con medias, liguero y tacones. Me ponía como una moto cuando me los clavaban en el pecho durante la consulta. La enfermera, que era muy maja, se empezó a amoscar porque con algunas pacientes tardaba más de lo normal y los sonidos que le llegaban no eran siempre los oportunos al caso. Con ella, que tenía unos pinreles de diosa, me contuve lo que pude, pero un día en que estaba trabajando con los suyos, porque se lo hacía gratis, a la boca que me los llevé. Y te denunció la enfermera. Alfredo extrajo inútilmente del bolsillo de la zamarra la pava del puro. Qué asco, ni fumar le dejan a uno ya. Oye, en Las Torrijas nos hacemos con una de las mesitas que sacaban fuera, si es que les dejan sacarlas ahora. Sí, sí, claro, y le das tú al tabaco; yo ya no fumo. ¿Te denunció? No, *Caniche*, no; qué va a denunciarme. Le gustaba la cosa y, como era algo dominante, pues funcionó muy bien. ¿Entonces? No te lo vas a creer, pero las que más se entregaban eran las más viejas y feas, y las casadas. De las casadas a mí no

me extraña, *Fredi*. Ni a mí, so cabrón, se tragó el fetichista recordando los pies de Chelo: parecía que al caminar acariciasen el suelo que pisaban. Yo, claro, tampoco podía pasarme las mañanas y las tardes dale que te pego, así que aquello llegó a ser un caos de mil pares de cojones. A veces, para dar abasto, entraban de dos en dos; algunas hasta llegaron a intimar en la consulta. Me podías haber llamado, coño, yo les hubiera comido los pies y lo que hiciera falta, te habría librado de alguna indigestión; la chanza de Marcial no pareció ser del agrado de Alfredo.

Volví a la coca, me cayó una supernumeraria del Opus que me quería para ella sola y, por celos, me denunció, la muy puta, al Colegio de Podólogos. De allí, directamente a los juzgados, por abusos. Fíjate, y encima sanitario. ¡La hostia!, te joderían bien. Ya te digo, cruzó las piernas el convicto, que empezaba a experimentar las molestias del asiento, que parecía haber sido fabricado expresamente para que los clientes desalojaran el restaurante trascurrido el tiempo justo de tragarse lo que quisiera que fuese lo que

comieran allí. Lo peor es que otras pacientes, arrepentidas por lo visto, se sumaron a la denuncia. Lo mío salió hasta por la tele. Total: seis años. ¡Joder!, ¿seis? Sí, *Caniche*, seis. Y la inhabilitación. Cumplí uno y medio en Puerto II, y me dejaron salir bajo la condición de que me sometiera a un tratamiento, porque mi abogado, una chavala de cascos ligeros, sabrosos y bellísimos, presentó varios informes forenses en los que rezaba que lo mío era una patología psicológica, superable con una terapia. Y en eso estoy. ¿Y qué haces ahora que no te cuidas de los pies de las pacientes? Me cuido de los de mi abogado y de los que me salen por internet; y pensó que si no fuera por Justo quizás también podría cuidarse de los de la hembra del exportador. ¿Y la terapia, entonces? ¡Qué le den por culo a la terapia! Me falta un año, mínimo, y luego me evalúan y el juez decide. ¿Y a qué te dedicas? Me dan correcciones de algunas editoriales y estoy escribiendo a ratos, con la crisis aquí no trabaja ni Dios dado de alta. Ya, ya, se rascó la calva Marcial, por ahí pensaba yo que

iría tu vida, por las letras. Tío, así debía haber sido si no la hubiera empezado por los pies.

¿Y a ti cómo te va? ¿Tienes hijos y esas cosas?, fuerza Alfredo la conversación para sus intereses. Uno tengo, de otra. La muy..., me saca hasta los higadillos y me hace la vida imposible. Pero, por lo demás, me va muy bien con Chelo, Marcial no tuvo más remedio que cantar la palinodia. ¿Aquella Chelo, la de las...?, fingió sorprenderse el expedicuro. Sí, *Fredi*, cortó en seco *El Caniche*, la misma. ¿En serio? Al final lo has conseguido, ¿eh? ¡Qué tiempos! Siempre te gustó a ti *La Chelito*, cabrón. Sí, pero con aquello del amor libre y el no comprometerse... Y Justo, Marcial, y Justo, hurgó en la llaga *Fredi*. La verdad es que ya sabía que estabas con Chelo, me lo dijo él, pero como no soltabas prenda... A Marcial se le revolvieron las tripas en una falsa sonrisa. ¿Sabes que anda también por el sur? ¿Justo?; se hacía el loco el pescadero. ¿Sabes de él? Lo veo mucho. Es paciente de mi psicólogo, o algo más que paciente, que la mujer está de muy buen ver por ahora, ¡y tiene unas peanas!; a ese

cachicán ya sabes cómo se le dan las tías. ¿Cómo está?, se obligó Marcial a preguntar. Como siempre, más para allá que para acá; pero, ahora, parece un poco más centrado; ya sabes, los años. La última vez que hablamos me dijo que no ha conseguido ser el que quería ser de mayor. Me está contando su vida, una sucesión de insensateces. Nos vemos casi todas las semanas, me larga sus aventuras, su rollo; yo tomo notas, y a ver si sale algo.

Pues fijate cómo es la vida, *Fredi*, hacía más de veinte años que no la veía y me encuentro a Chelo por casualidad en la estación de Atocha, de visitar a Justo venía precisamente. Siguió viéndose con él de casada, de separada, siempre. Ya no pretendía conquistarlo para ella sola, no había manera, pero se lo pasaban bien y se complementaban. Al final lo han dejado, se hablan por teléfono alguna que otra vez, pero ella no quiere seguir con ese lío. Mira que eres ingenuo, pensó Alfredo; tenía por cierto que la mujer del negociante seguía sin ser una virtud intratable. Ya veo, y bien que hace si está contigo, practicó la

caridad el melenudo. Oye, tío, me gustaría ver a *La Chelito*; me podría contar cosas de Justo y recordar aquellos tiempos. ¿Te importa? No, no, claro que no, aceptó de mala gana el pescadero a quien no le hacía ni pizca de gracia que su mujer sacase el asunto de Justo a la palestra. Si quieres, después de comer, nos pasamos por casa, le he dicho que estás aquí y se alegrará de verte.

El bueno de Justo. Le conocí cuando andábamos todos de mierda hasta el cuello. Yo estaba medio liado con la música. La verdad es que nunca me cayó bien del todo, por lo de Chelo, ya sabes, que estaba como tonta por él; y por lo raro que era y la gente con la que iba. Y sigo sin acabar de tragarlo, se explayó el celoso retroactivo. Alfredo lo comprendía, vaya si lo comprendía. Pues a mí me parece un tipo interesante y divertido, el hijo de puta. Anda que se rio poco de nosotros en la Facultad, ¿te acuerdas cuando nos puso a trapichear para él? Siempre estaba en todos los fregados, no se perdía una, menudas cosas me cuenta ahora.

En esta conversación estaban enfrascados

Fredi el muerto viviente y *El Caniche* mientras atravesaban la plaza de Pontejos en dirección a la calle de la Paz, con la esperanza de que *La casa de las torrijas* no hubiera echado el cierre definitivo después de un siglo de historia. Atrás quedaba el viejo caserón en el que Justo vivió su particular historia del subsuelo.

I

Contaba Justo que a los dieciséis ya se movía como pez en el agua en el mundillo de la más radical oposición clandestina al Franquismo, y formaba parte de una de tantas organizaciones de extrema izquierda del momento. Muere el dictador y los camaradas comienzan a arrimar el hombro de verdad, con ímpetu y entusiasmo, para ver si de una vez pueden tumbar la puñetera estaca. Justo, como el que más, arreció en sus actividades: reuniones, manifestaciones, aventamiento de la verdad en hojas volanderas mal impresas, pintadas...; haciendo quiebras que no siempre salían bien a las Fuerzas del Orden. Porque había *caídas*, por supuesto. La Policía siempre estaba alerta y, cuando se aburría, *colocaba* a alguna

célula al completo, ora en la asociación de vecinos en la que se celebraba cualquier reunión o guateque, ora en un piso, ora incluso en algún parque, escenario preferido por la organización extremista primigenia en la carrera revolucionaria de Justo, para sus juntas o contactos. Pero él no fue nunca detenido de manera tan vergonzosa; el suyo fue un arresto más heroico, en plena acción subversiva. Resultó prendido en plena calle, o accediendo a ella, o en el instituto, o huyendo de allí, o de la Policía, según y cómo se enfoque el asunto. Justo estaba en pleno cumplimiento del deber en las dependencias de su centro de enseñanza, arrojando al aire panfletos que revelaban la realidad oculta a las clases trabajadoras, a los estudiantes y campesinos, cuando un compañero le advirtió de la llegada de varios *Land Rover* de la Policía, todavía entonces de uniforme gris, y algunos coches camuflados. Con eso ya contaba él porque *El Pipa*, el jefe de los conserjes, persona de orden y cumplidor de órdenes, siempre daba aviso a los grises cuando se producía algún acto tendente a la liberación del

pueblo oprimido. No se alteró lo más mínimo ninguno de los integrantes del comando, alumnos del instituto y algún que otro foráneo, pues el hábito les había llevado a idear diversas y seguras vías de escape. Cada camarada tenía su ruta y coincidió que, casualidades de la vida, la de Justo consistía en saltar la divisoria entre el centro y la Escuela de magisterio adyacente, regentada por una conocida orden religiosa: lugar más seguro para un activista de extrema izquierda no era fácil encontrar. De ahí, con disimulo y por la puerta principal, como quien ni sale ni entra o, mejor, como quien nunca estuvo dentro, pues era una institución dedicada a la formación exclusiva de la rama femenina del Cuerpo de Maestros del Estado; o, si la ocasión lo requería, ejerciendo de comando del *vietcong*, ocultándose subrepticamente en la raquílica maleza que formaban los muy bien cuidados parterres de rosales y demás flora decorativa, y saltando otra reja disimuladamente, se accedía a la Ronda de Toledo y a la libertad. La ruta había sido utilizada con éxito por Justo en varias ocasiones, pero la

confianza, enemiga acérrima de la clandestinidad y de la seguridad en el trabajo, había contaminado su instinto.

Cuando se encontraba a horcajadas sobre las afiladas lanzas de hierro forjado que coronaban la isabelina verja, un hombre no muy alto, con gafas de sol con forma de pera y cara de no haber quebrado plato alguno en sus, aproximadamente, treinta y cinco años, le observó sonriente, le apuntó con una automática de nueve milímetros y le conminó a permanecer inmóvil allí donde estaba. Justo quedó en postura poco edificante, a pulso sobre los aguzados pinchos que coronaban la verja, mientras *Billy el Niño*, sobrenombre por el que era conocido el agente, ordenaba a su compañero, el comisario Pascual, su habitual pareja de aventuras, acercase el vehículo policial estacionado en la puerta principal del instituto. No sabía el joven cuán equivocado estaba al suponer que al conocido madero se le había ocurrido sin más darse una vuelta por el centro escolar con la única intención que pasar el rato. Si bien se dedicaba a peces mucho más

gordos como los terroristas, en sus ratos libres gustaba de salir a pescar estudiantes universitarios; ignoraba Justo que ésta era la cuarta vez que había intentado su detención, con evidente falta de éxito en las tres anteriores ocasiones.

Amarrado al duro pincho, tuvo Justo tiempo de pensar en sus padres, pues Pascual tardaba más de lo debido en arrimar el vehículo camuflado al lugar de la refriega. Era la segunda vez que pasaba por el trance de ser apresado. Caminos insospechados aguardaban a Justo a su regreso a casa, si regresaba: la cosa pintaba mal. No había supuesto una gran sorpresa en el hogar la primera detención, consecuencia de su ilegal presencia en un «salto» o manifestación no autorizada, como todas en esos años, pues la deriva preocupante del díscolo retoño y las discusiones políticas, de intensidad media-alta, que se venían produciendo hacía tiempo, así lo anunciaban. Pero sí surgió de ella un cambio cualitativo, un deterioro de la entente reinante sobre tan espinosa cuestión. Sus padres, muy

religiosos y de derechas tan de toda la vida que ya lo eran desde muchas generaciones antes de su nacimiento, se alarmaron de veras y conminaron al vástago rebelde a abandonar a la voz de ya y sin abrenuncios las veleidades revolucionarias y regresar al redil del orden, la fe, la verdad y la auténtica justicia social. Mención aparte mereció el asunto de las posibles consecuencias penales y las secuelas físicas que la conducta del niño podría acarrearle en un futuro inmediato. Justo era miembro, desde los brotes más tiernos del árbol genealógico hasta el mismísimo tronco, de una estirpe de rancio abolengo conservador, no exenta de inquietudes sociales canalizadas a través del humanismo social de la Iglesia, la caridad, la justicia, el honor, la honestidad, la verdad, y la participación social, cualidades intrínsecas de todo su linaje, practicadas sin ambages, y a mucha honra. Verdad es que todas ellas las iba adquiriendo Justo en virtud de la herencia genética, de la mimesis o acción del subconsciente, o cualquiera sabe de qué otra manera; pero lo cierto es que él ponía en juego

todo su tesón, y era tanta su tenacidad para no contraer los caracteres de su progenie, que se le podría tildar de cabezota. Si su lucha había resultado infructuosa y finalmente comenzaba a sentir los primeros síntomas de contagio de cualquiera de esos principios de su casta, se apresuraba a detener la infección o a ocultársela a sí propio. La sangre, sin embargo, es la sangre, y no precisa cualidad ninguna para implantar su sello, marcarse a fuego en el alma del más pintado. No hay constancia, firmeza, persistencia, empeño, perseverancia, obstinación, porfía humana que se le resista. Las técnicas de proselitismo sanguíneo estaban muy por encima de las de la resistencia de Justo, aun siendo éstas admirables. Pero las consecuencias hematológicas, por suerte o fatalidad, se manifestarían muchos años más tarde.

El caso es que los padres de Justo le dispensaron la formación cristiana y discreta que sentían como la más adecuada para el desenvolvimiento vital de la persona, para su utilidad ante los demás, la tranquilidad propia, y los beneficios emocionales de la fe. En contra de

lo que pudiera desprenderse de la catalogación de sus progenitores como conservadores o de derechas, Justo siempre había gozado de la mayor libertad y tolerancia familiar. Los roces políticos antes referidos se desarrollaban en un marco de máximo respeto y comprensión. Justo abandonó la Iglesia a muy temprana edad para su época y, aunque nunca se sabrá si para bien, y cualquiera pueda sostener, a la vista de los resultados, que más bien para mal, comenzó su tortuosa y corta andadura política, su larga carrera con las drogas, las mujeres, la delincuencia y todo lo que se terció. Pero la inequívoca vocación de Justo hacia la acción revolucionaria directa o, mejor dicho, que Justito pudiera ser detenido, golpeado, utilizado por oscuras fuerzas en provecho propio, con la consiguiente y más que probable ruina de su brillante porvenir académico y profesional, orgullo futuro de todos, alarmó vivamente a los papás. Le reconvinieron gravemente, apelando incluso a la precaria salud de su padre, siempre supuestamente frágil hasta que murió inesperadamente a los ochenta y cuatro años, más

sano que una pera; pusieron sobre el tapete el sin vivir de su madre, el dolor y el sentimiento de fracaso de ambos; apelaron a su esfuerzo por educar a Justo y conducirlo al buen camino, inculcándole las más inapreciables normas de urbanidad y todas esas cosas. Le pusieron como ejemplos a seguir a sus hermanos, comparación no demasiado afortunada pues, si la menor era un dechado de virtudes, el mayor, aunque lejos de volubilidades políticas, no parecía orientarse hacia la inteligencia, la cultura, la diligencia, la sobriedad, la disciplina o el buen gusto.

Sobre los vetustos y puntiagudos hierros reflexionaba Justo acerca de lo fugaz de sus propósitos de enmienda, si los tuvo, preguntándose por qué seguía, como si tal cosa, dándose a lo uno y a lo otro..., y a lo de más allá; sentíase como Saulo de Tarso corriendo enloquecido tras su caballo tordo después de haber sido derribado por el divino rayo, ciego, cubierto por el polvo del camino, a las puertas de Damasco, aterrado por lo grave de la voz de Aquél que quebranta los cedros del Líbano y hace temblar a las montañas...,

cuando el bocinazo del coche del comisario Pascual le hizo darse de bruces con la fastidiosa realidad evitando que lo hiciera contra la acera. El cada vez más numeroso público asistente exhaló un suspiro de alivio. Dentro de lo comprometido de la situación, veía más cerca el héroe la salvación de su entrepierna y dio gracias a Dios, atravesando de parte a parte sus más profundas convicciones, por evitar la segura demolición de su arco del triunfo. El Sumo Hacedor, ya por falta de atención, ya como penitencia, ya como lección o represalia, no pareció escuchar el *gloria tibi Domine* de Justo, que tuvo que soportar, durante el tiempo que se tarda en fumar un *Mencey*, la rechifla de los agentes.

Saber que iba a entrar en la leyenda, que iba a alcanzar en vida la inmortalidad, no menguaba en lo más mínimo el terror de Justo, porque si legendario era *Billy el Niño* más lo eran sus palizas. Los interrogatorios de este ejemplar agente de la ley eran todo un mito para los efectivos de la Policía Armada y la Brigada Político Social de entonces, y provocaban terror

entre el sector de la ciudadanía madrileña comprometida con el logro histórico y nada desdeñable de la inminente asunción del poder por parte de las masas trabajadoras y campesinas, que planeaban, en un susurro y muertas de aprensión por si el susodicho agente pudiera tener conocimiento de ello, su venganza cuando llegase el glorioso momento del triunfo final. La cumbre de la admiración por parte de sus camaradas, el sùmmum de la envidia y el respeto, el desiderátum de la fama, se encontrarían al alcance de la mano de Justo cuando relatará cómo soportó estoicamente los puñetazos, las vejaciones, las bofetadas, los toallazos, las patadas, la picana, los porrazos, la bañera, la virgen de Núremberg y los golpes con las páginas blancas de la *Telefónica*, pesadas como tochos inmanejables de finísimo papel, padecido todo ello durante su martirio en aras de la justicia universal. Y se multiplicarían los suspiros y jadeos futuros de sus compañeras, que todo hay que decirlo. De natural soñador, la ulterior y segura ascensión al firmamento de los mártires de la Causa no era lo suficientemente

estimulante para el terne joven, pues lo que se perfilaba como indiscutible era el hecho de pasar en la Dirección General de Seguridad, bajo los atentos cuidados de *Billy* y sus colegas, por lo menos esa noche, si había de atenerse a los pronósticos más halagüeños.

En tan ominosas circunstancias y mientras los inspectores se deleitaban con los inmejorables productos de tabaco negro nacional y con la más que grotesca situación de Justo, calibrando la debilidad de carácter del detenido para su posterior empleo en detrimento de su resistencia y en el divertimento de humillarle, él hubiera ofrecido una gran porción de su exiguo o inexistente reino por poder fumarse uno de los contados cigarrillos *Bisonte* que llevaba encima, corta cantidad para tantas horas de alteración nerviosa como las que se avecinaban. Sabedor de que eso era imposible, discurrió posponer para mejor ocasión la argumentación sobre semejante contingencia con sus dos captores, olfateando en sus propias carnes el tufillo de lo que años después los investigadores de las conductas

relacionadas con los hechos criminales denominarían Síndrome de Estocolmo. Sin embargo, casi a modo de revelación, por primera vez en su vida, y había tardado lo suyo como se ve, la perspicacia por fin le abrió los ojos a la obvia certeza de cuán limitada es la economía del joven en general y del estudiante en particular, y se propuso que, en cuanto pudiera gozar de unos minutos de calma, meditaría sobre cómo durante la juventud llegamos a pensarnos reyes del mundo, poseedores de grandes cualidades y fortunas y cómo, con auténtica desolación, comprobamos que casi no podemos pagar de nuestro propio peculio ni el tabaco que fumamos. Porque Justo, conocedor como nadie de su completa inutilidad para la poesía y el trato íntimo con las musas, y un tanto fatalista, filosofaba.

Como si por fin Dios hubiera dejado de estar distraído con otras ocupaciones menos imperiosas, *Billy el Niño* ordenó a Justo que bajara de una puta vez de la valla, porque ya estaba bien de hacerles perder el tiempo. Comprendiendo que el agente tenía toda la razón y

que él era demasiado poca cosa para tener ocupado *sine die* a tan conocido funcionario policial, quien sin duda era una persona sumamente atareada, y al ver que los agentes hacía rato habían enfundado sus armas reglamentarias, pensó que tal vez había llegado el momento de mostrarse amable y obediente con la autoridad que lo tenía entre manos. Pero fueron las suyas las que no obedecieron las clarísimas instrucciones de su cerebro y se negaron rotundamente a cumplir su función. Por su parte, las piernas no sólo parecían estar a miles de kilómetros de su cuerpo sino que se habían sumado con sorprendente determinación a la revuelta iniciada milésimas de segundo antes por las extremidades superiores. El vello se erizó en el nutrido grupo de mirones. Cuando Justo se percató de que la indigna postura que había mantenido desde que fue descubierto había llevado a sus miembros a un estado de colapso y entumecimiento incompatibles con la vida, incluso llegó a considerar con verdadero terror que también al depositario de su hombría; y cuando escuchó el grito aterrador de la muchedumbre

horrorizada ya estaba besando el suelo de la Ronda de Toledo a los pies de los dos agentes de la ley que serían los dueños de su suerte venidera. Éstos, con una falta de amabilidad inaceptable, rayana en desmedida grosería, aderezada de una sucesión de cachetes que a Justo se le antojó interminable, le esposaron y, de una o varias patadas, nunca llegó a recordar la cifra exacta, le introdujeron de cabeza en el asiento de atrás del *Seat 1430* que entorpecía la circulación de tan transitada arteria madrileña, mientras una pareja de *grises* hacía circular a los ciudadanos curiosos.

Como cualquier general después de ver cómo han sido mermadas sus tropas, perdida la última colina bajo el avance imparable de las huestes enemigas, sin la menor posibilidad de recibir refuerzos ni cobertura artillera o aérea, en su admirable firmeza y convencimiento sigue fiel a su estrategia, seguro de que su plan tendrá éxito; así Justo, pese a las poco cariñosas muestras en contrario, decidió perseverar en su táctica de granjearse, si no el corazón, pues sospechaba que aquellos hombres no lo tenían muy a mano, y de

tenerlo resultaba inasequible para él, sí la simpatía de los agentes, sujetos sentimentales, al discurrir de Justo. Pletórico de entusiasmo y sin sospechar que lo más profundo que podría esperar de los inspectores, en lo tocante a emociones humanas, era su inclinación a comentar las torturas de la semana delante de una caña mientras veían un partido del Atlético de Madrid por televisión, Justo se puso manos a la obra.

Ni siquiera cuando replicaron a su comentario sobre cómo la sonrisa de la fortuna le había librado de abrirse la cabeza contra el suelo en su caída, que eso le pasaba por gilipollas; o cuando preguntó, sin saber exactamente por qué, y se calificó de estúpido por hacerlo, que cuánto tiempo llevaban en el Cuerpo y le respondieron que en el de su madre el suficiente como para saber lo puta que era, dejó de maquinar Justo la mejor manera de acercarse emocionalmente a los policías. Quería suponer que si lograba que no decayera la conversación, quizás despertaría el interés de los agentes, que dejarían a un lado las obligaciones de su siniestra tarea para entregarse a

una agradable charla; e insistió en su afán como una hormiguita que asciende a lo más alto de un palito y, en lugar de volver atrás en algún momento después de comprobar que éste ya no da más de sí, se obceca dando vueltas interminablemente en la cima de la rama y nos hace recapacitar, a Justo puede que no, sobre lo inútil, fútil, necio, insustancial, pueril, y a veces injusto, del esfuerzo humano.

Como cabía esperar, *Billy el Niño* se dirigía con la presa a su guarida, que a la sazón se encontraba ubicada en la antigua Casa de Correos, posteriormente Ministerio de la Gobernación y más tarde, ya en pleno régimen franquista, Dirección General de Seguridad, edificio principal de la principalísima Puerta del Sol de Madrid. Como toda gran edificación monumental, está constituida por lo que podríamos llamar doble cara. Por un lado, la parte noble, donde se llevan a cabo las tareas públicas y de atención al cliente a las que, oficialmente, se dedica el edificio y, por otro, la zona plebeya, o innoble, en la que se realiza todo lo demás. En el interior del centenario

edificio las labores policiales se desarrollaban en cualquier despacho o rincón. De la entrañable Casa de Correos la leyenda canta que era propiedad de Satanás. Desde el inicio de su construcción, en tiempos de Carlos III, extendiéronse rumores acerca de unos sucesos extraños que acaecían en torno a las obras del edificio, hasta que, en 1768, una cuadrilla de albañiles aseguró haberse encontrado al propio diablo, quien les reprochó ser unos traidores a la patria y a la fe en Dios por estar construyendo el edificio bajo las órdenes de un arquitecto francés, y les advirtió que el edificio era suyo y que a partir de ese momento estaba maldito. Ni que decir tiene que aquélla cuadrilla, crédula y asustada, abrumada por el temor de perder su alma, abandonó de inmediato las obras junto con todos los demás obreros, lo que causó un enorme problema a la ciudad y al arquitecto, quien no tuvo más remedio que acudir a la ayuda de un sacerdote español, con fama de exorcista, que fue bendiciendo las obras según iban avanzando para conjurar los miedos de los vecinos de la Villa y

Corte. Dícese que los sucesos se repetían, pero que Belcebú iba siendo eficazmente derrotado por el imperturbable soldado de la Iglesia. Mas hete aquí que, por un olvido imperdonable, nunca nadie se preocupó de pasarse un momento por el Registro de la propiedad y gestionar el cambio de la titularidad del edificio. Satanás declaró que era suyo y es de suponer que siga siendo su propietario. Cualquiera le disputa un bien material a semejante individuo, tan amigo de lo propio y de lo ajeno.

Uno de los lugares más acogedores y castizos de la casona eran los sótanos, en los que se encontraba su mayor atracción turística, pues recibían semanalmente innumerables visitantes; por ellos había pasado lo más granado de la intelectualidad y la política, de un extremo a otro, y también la delincuencia más enjundiosa de España. De características arquitectónicas singulares, los calabozos eran un sólido y encantador pastiche con influencias de la construcción de los primeros cristianos bajo tierra y las viejas casas de fieras de las ciudades donde,

para regocijo y esparcimiento de niños y mayores, y espanto de melindrosas damas, se podían admirar somnolientos y desmadejados animales salvajes recludos en un enrejado habitáculo, minúsculo, sucio y maloliente. Desde el acerado de la plaza no se podía uno hacer a la idea de la singularidad que guardaban esas joyas subterráneas, de las serenas y sobrias formas que se escondían detrás de los pequeños ventanucos enrejados que, a ras de suelo, completan la regularidad de formas neoclásicas del afrancesado edificio. A unos tres metros por debajo de la base de esas pequeñas ventanas de semisótano, los pasos de policías, presos y algún que otro funcionario de ocupación ambigua, aunque podemos afirmar que no se trataba de limpiadores, iban y venían de un sitio a otro, sobre un pavimento sin rodapiés, pegajoso y de color indefinible, por un pasillo estrecho que separaba las inútiles entradas de luz natural y las criptas enrejadas con barrotes. Quienes más iban y venían, como es de suponer, eran los miembros de las Fuerzas de Seguridad porque, la mayoría de las

veces, los detenidos ni iban ni venían y, cuando lo hacían, más bien eran llevados y traídos; en muchas ocasiones, literalmente transportados por sus celosos cuidadores. Dentro de esas criptas, como en las originarias catacumbas, y dependiendo del tamaño de cada una, existía un diverso número de nichos alineados en columnas, a semejanza de los lóculos de los antiguos enterramientos cristianos, coronados por su correspondiente arcosolio de escasa altura.

En uno de estos espacios superiores veríase Justo obligado a instalarse la primera noche que allí pasó, sin colchoneta, no porque no hubiera una a su disposición, pues el calabozo se encontraba surtido de ellas en cantidad correspondiente al número de sarcófagos, sino porque sólo por su aspecto y el mal olor que despedían provocaban en los detenidos un enorme respeto rayano en la veneración; las nueve se encontraban perfectamente colocadas contra uno de los tres sólidos bajomuros que rodeaban la mal ventilada estancia, que los apóstoles del delito habían cedido a modo de ara.

Un par de horas antes de que un tibio y transparente crepúsculo diera paso a la clara noche madrileña, Justo penetraba en el edificio por la puerta lateral abierta a la calle del Correo, angostillo de infausto recuerdo, después de su breve viaje por el centro de la Villa y la amena y edificante conversación con *Billy* y el comisario Pascual. Con los grilletes en sus muñecas y con la misma atenta e ignominiosa galantería con la que fue introducido en el coche camuflado, Justo llegó, en compañía de sus captores, a un despacho de lo que creyó era la planta entresuelo de la Dirección General de Seguridad: la sucesión de puntapiés y cachetes le obligaban a utilizar toda su atención en mantener el equilibrio por las escaleras, sin poder dedicarse a la observación serena del trayecto. Esta desorientación nos puede dar la medida de la ofuscación de los sentidos de Justo: cualquier luchador por la libertad sabía, ya por propia experiencia, ya por la ajena, que la Brigada Político Social sentaba sus reales en el piso alto, o principal, del ala norte del edificio, la esquina que forma la calle Carretas con la Puerta del Sol. Hay

que hacer notar que la ubicación de la Brigada era harto negligente. Con la afición desmedida que demostraban los detenidos por asuntos políticos a saltar esposados desde las ventanas de los despachos y salas donde se les interrogaba, lo más sensato hubiera sido destinar parte de la planta baja a esta abnegada sección policial que contaba con la ventaja añadida, además de encontrarse a poca altura, de que sus ventanas estaban aseguradas por nobles y gruesas rejas. Aunque, dicho sea de paso, la irresistible atracción por el vacío solía ser satisfecha por estos exóticos pájaros sobre el suelo de los patios interiores, o contra el del callejón de san Ricardo, angosto y castizo pasaje trasero del edificio, oculto a las miradas indiscretas de los transeúntes, pues tenía vedado el tránsito por varios policías armados de metralletas.

BIOGRAFÍA



Fernando María Morago Rodríguez nació en Almadén (Ciudad-Real) en 1960. Al año siguiente su familia se instaló en Madrid, ciudad donde ha pasado gran parte de su vida. Licenciado en Periodismo (1983) por la Universidad Complutense, ha trabajado como freelance y colaborado en varios medios de comunicación. En 1988 participó en la fundación de *El periódico del*

Guadalete, de Jerez de la Frontera, donde realizó labores de redacción y coordinación.

Funcionario superior de la Administración General del Estado, ha compatibilizado su labor pública con la periodística así como con su formación académica y sus estudios de doctorado en la Universidad de Sevilla, donde realizó también el Máster en Escritura Creativa. Ha trabajado también como corrector para varias editoriales y como escritor por encargo. *Vida y ventura del estudiante Justo: El despertar* es su primera novela en la que, a modo de *Episodios nacionales*, con una alta dosis de ironía, humor y sarcasmo, trufado de melancolía, narra las vivencias, dudas y aflicciones de un joven durante los primeros meses de la Transición, y de la sociedad española en esos momentos de sorpresa y transformación.

Vida y ventura del estudiante Justo. El despertar
Fernando Morago

© Fernando Morago

Edición digital: mayo 2014

© De esta edición: Edición Electrónica Andaluza,
S.L.

rd editores

San Juan de la Palma, 11

41003 Sevilla

Tlf: 955 32 97 43

operaciones.rdeditores@axioma.cc

www.rdeditores.es

Maqueta y corrección: Carlos Castro Rincón

Diseño de cubierta: Fernando Contreras

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright (Edición electrónica andaluza S.L.) o del Centro Español de Derechos Reprográficos: www.conlicencia.com y 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ISBN: 978-84-15658-58-0

Este libro se terminó de confeccionar, en Sevilla, a
27 de mayo de 2014,
coincidiendo con el día del nacimiento en
Salamanca, en 1901,
de padre onubense y madre sevillana, del poeta
y escritor Pedro Garfías Zurita.